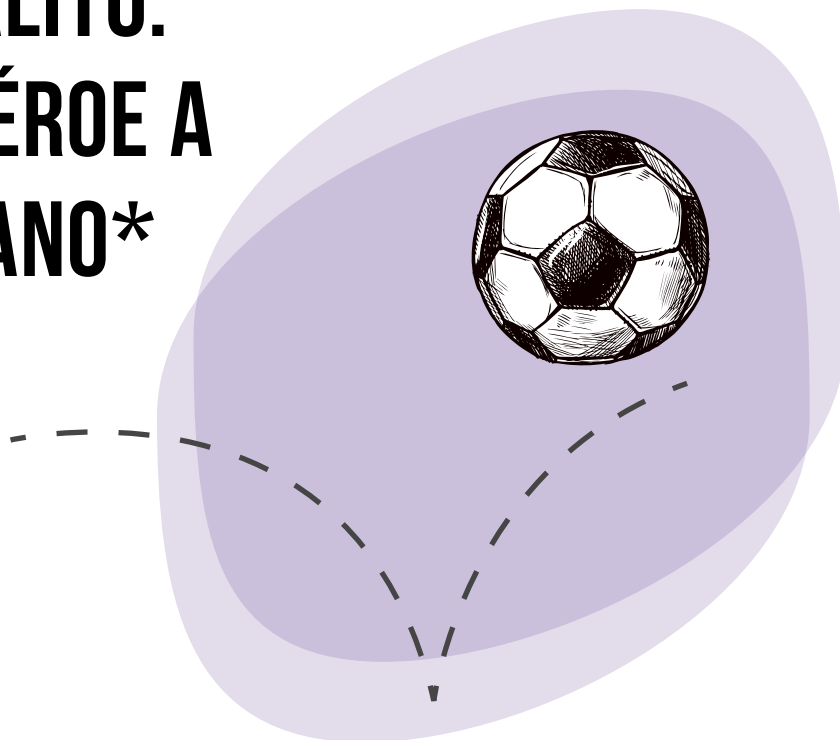


Por Álvaro
Acevedo**

REGALITO: DE HÉROE A VILLANO*



A

hora, me encontraba frente a frente con el mejor pateador de balón, mi amigo y compañero de selección, “Beto”, quien tenía una poderosa fuerza en su pie izquierdo. Era el temor de los arqueros. En la tribuna, el grito y abucheo de los más de dos mil espectadores: ¡regalito, regalito, regalito! Es el momento de soledad y angustia, en el que uno se encuentra consigo mismo, solo contra el mundo. Esa es la soledad más espantosa del arquero, como lo señalaba Albert Camus. Al frente, a una distancia de doce metros, un amigo, pero en ese momento mi rival; un balón de pentágonos blancos y negros; los gritos cada vez más lejanos de mi mente: ¡regalito, regalito, regalito! Fueron los cincuenta segundos más eternos de mis cortos 16 años. En ellos, pasaron por mi vida, como una película, las alegrías y las tristezas en los campos de juego, y un pensamiento: ¿por qué putas me metí en esto?

Todo había empezado a los ocho años de edad. El director lanzó un balón de fútbol al aire e indicó que quien lo agarrara primero debía ser el arquero de la escuela. Disputé con mi primo “Chano” y los dos nos amarramos al balón con fuerza y decisión. El director fue el juez y, en una sabia, decisión señaló que los dos cobraríamos desde el punto blanco de la pena máxima y, a su vez, fuéramos arqueros. Quien tapara el cobro de los doce pasos sería promovido a arquero. Ocupar el puesto de arquero en el fútbol, y mi personalidad, se jugó en ese momento: gané el puesto.

A mis cortos 14 años, era el suplente del mejor arquero que había visto: “Corroncho”. En el campo, la mayoría eran veteranos de mil partidos. Era el

* Texto resultado del curso de Escritura creativa promovido por el Departamento de Promoción y Bienestar Institucional de la Universidad Santo Tomás.

** Profesional en Filosofía y Letras por la Universidad Santo Tomás y magister en Historia por la Pontificia Universidad Javeriana. Docente del Departamento de Humanidades y Formación Integral de la Universidad Santo Tomás, Bogotá. Correo electrónico: alvaroacevedo@usantotomas.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7417-3412>

El director lanzó un balón de fútbol al aire e indicó que quien lo agarrara primero debía ser el arquero de la escuela.

más joven de todos, eso generaba el más grande de los miedos: jugar al lado de las estrellas que admiraba desde niño. No había cumplido los 15 años y ya era el titular del equipo del colegio y de la selección del municipio. Cada vez fui mejorando las técnicas gracias a los consejos de los compañeros y amigos de esa época: “Evaro”, “Beto”, Carlos, “Coy”, William, “Cuica”, “Toño”, “Caliche” y “Rafa”; todo el combo que durante mis años de adolescencia integramos los distintos equipos y la selección del colegio y del municipio.

La señal del árbitro de no salir del arco me regresó a la dura realidad. Miré al público y en unos breves segundos recordé lo sucedido el domingo anterior, había sido el día más glorioso de mi corta carrera. Durante los 90 minutos del partido y su respectivo alargue había conservado mi arco en cero. En las penas máximas, había tapado la última y, con esa, habíamos clasificado a las semifinales del campeonato departamental; Cúcuta nos esperaba, para clasificar a la final. Ese domingo en la tarde, el grito era de alegría: ¡Alvarito, Alvarito, Alvarito! Era el gran héroe de la jornada. Todos me felicitaron. Era una inmensa alegría popular en el estadio. Pensé, cómo el color de una camiseta hace cambiar de manera tan abrumadora las emociones de los aficionados. El buzo rojo de la selección municipal o el azul de la selección del colegio generaban amores; el verde, que portaba en ese momento, los odios y ofensas.

Hasta mi joven novia se sonrojaba y me gritaba: ¡regalito! Ese era el grito de batalla en todos los partidos. La causa, era el único jugador del colegio que había sido contratado por un equipo externo: el odiado equipo de la Caja

Agraria. Era el más impopular y el que todos querían que perdiera. En la tribuna, no teníamos ningún apoyo y hasta nuestros amigos, novias, esposas y familiares nos detestaban durante esos minutos del partido. Es decir, hasta nuestras madres nos atacaban, con eso lo resume todo. No solo era uno de los mejores equipos, sino el mejor patrocinado y lógicamente el más atendido por las directivas de la entidad estatal, que sacaba de su presupuesto para mantener la nómina y los gastos de las fiestas y celebraciones que teníamos después de cada partido. Eso generó el resentimiento y la enemistad en el campo de juego. Pero de todos los integrantes, el más odiado, era su amado arquero de la selección y del colegio. No aceptaban que estuviera en la nómina del equipo más rechazado. Los aficionados pasaban del amor al odio, en la medida en que cambiaba de camiseta. De ser un héroe el domingo anterior, pasé a ser el villano más odiado en este momento. Era la final de los juegos municipales.

Durante el tiempo del partido, cuando tomaba el balón el grito era ensordecedor: ¡regalito, regalito, regalito! Todo, porque según la opinión me había regalado a la Caja Agraria para ser su arquero. Había renunciado a tapar en el equipo de mis amores, que en ese preciso momento era nuestro rival. Eso generaba más odios, por ser este el más querido y popular.

El árbitro autorizó el último cobro de la pena máxima. Si lo tapaba, ganábamos, de lo contrario la impensada derrota era un hecho. No había tiempo para la cobardía, ni tampoco para el arrepentimiento de haber escogido por azar ser portero. Sentí un grito lleno de furia: ¡regalito malparido! Uno, dos, tres pasos y el fuerte

De ser un héroe el domingo anterior, pasé a ser el villano más odiado en este momento.

lanzamiento de “Beto” salió de su botín izquierdo como una centella de los doce metros. En milésimas de segundo dudé... La razón me inducía a que el lanzamiento iba a ser cruzado. Un zurdo, pateaba generalmente al costado izquierdo del arquero. Todos los entrenamientos y el conocimiento que tenía de “Beto”, me llevaron a una gran equivocación. Pensé, ¡me la va a cambiar este pingó!, cuando miré sus ojos, en el mismo momento en el que empezaba a clavarlos en el piso. En los entrenamientos, las penas máximas siempre me las pateaba cruzadas y me dejé llevar más por la razón que por la intuición. Esa duda, entre la razón y la intuición, es la que nos permite tomar las decisiones más acertadas o equivocadas. Cuando mi pie derecho se afirmó en el piso y encogí el izquierdo para lanzarme hacia ese lado. Ya era tarde, no le hice caso a la intuición y el balón entró a unos centímetros del vértice superior derecho. No había nada que hacer.

En el piso, sentí el grito de alegría del público y cómo todos corrían. En esos segundos, la soledad más impresionante del mundo se apoderó de mí. Yacía boca abajo y con la cabeza entre mis manos; nadie en ese interminable tiempo se acercó a consolarme. Pensé, cuál había sido mi error y en ese momento evoqué la frase de Camus, que es muy importante, sobre todo para

conocer a las personas: “aprendí que el balón nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga”. Esa experiencia me ha servido siempre en la vida y me enseñó a estar en alerta, sobre todo en el peligro que representan nuestras ciudades inseguras.

Mi soliloquio tendido en el césped continuó. Era el villano más villano de todos en ese momento. Comprendí, que el arquero es el más solitario de los hombres. Irremediablemente siempre celebran solo los goles de sus compañeros, pero también de manera solitaria sufre las tristezas del gol encajado. Nadie le ayuda a sacar el balón de su arco derrotado. En mi soledad y tristeza, recordaba a Moacir Barbosa, el guardameta brasileño del famoso “Maracanazo” de 1950, cuando Brasil perdió la Copa Mundial de Fútbol con Uruguay, con un marcador de 2-1. Él fue tildado del culpable de la derrota y condenado a vivir en soledad, condenado a llevar la carga sobre su espalda de lo sucedido ese infausto 16 de julio.

Estaba en esa cavilación, cuando en la tribuna se sintió el grito, ¡que se quiten la camiseta, que se quiten la camiseta! Ese momento fue el más aterrador de todos. Resulta, que la soberbia del grupo y el sentirnos triunfadores nos llevó a marcar una camiseta blanca que decía “Campeones 1976”, la cual teníamos debajo de la camiseta oficial del equipo. Fue la burla más triste y la vergüenza más grande de mi vida.

En esos momentos, alguien me acarició la cabeza, era “Beto”. Mi rival y amigo me ayudó a ponerme de pie y me dijo: “Alvarito, es solo un partido, el domingo jugamos juntos de nuevo y es tu revancha”. No se equivocó.

Ocho días después, con el buzo rojo de la selección municipal, el público había olvidado a “regalito” y ahora, al tapar la tercera pena máxima de la serie, logramos llegar a la gran final. El grito de ¡Alvarito, Alvarito, Alvarito!, en ese momento, fue como una melodía de Beethoven. ■

“Alvarito, es solo un partido, el domingo jugamos juntos de nuevo y es tu revancha”.